

Entre las facultades indicadas del alma racional la fuerza motora no tiene carácter interno ni psíquico, empero se señala por su inmediata aplicación á un objeto corpóreo, y en ciertos casos como un ejercicio voluntario que se realiza con conciencia.

En todos los casos involuntarios el instinto suple á la inteligencia. En resumen, la voluntad se aplica al ejercicio de la inteligencia, de la sensibilidad y de la fuerza motora, y para ello se supone necesariamente el pensamiento.

Los instintos en sus diferentes categorías se hallan desarrollados en las distintas especies de animales desde el insecto al vertebrado; pero ninguno de ellos, incluso el gorila y el chimpanzé pueden aprender la teoría de una ciencia por fácil y sencilla que sea. Ninguno alcanza la razón pura. En el hombre salvaje se descubren distintos grados de inteligencia práctica, sin que tal vez alcance á comprender las leyes de la Naturaleza; su instinto industrial y artístico se desarrolla, muchas veces, en un grado muy elevado; y, sin embargo, no se descubre en él capacidad suficiente para comprender los elementos de una ciencia abstracta. Su alma inteligente obra real y espontáneamente, y forma ideas generales y espirituales que el bruto más perfecto jamás llegará á comprender.

La fuerza motora, como potencia primera é irreductible es dudosa; se descubre en los cuerpos vivos movimientos atómicos y corpusculares producidos por los agentes físicos y químicos y por la fuerza vital, que se realizan sin la intervención del alma racional. Muchos de ellos se reproducen después de la muerte total del individuo por la influencia de excitaciones promovidas por la electricidad, que para estos casos parece que suple al agente vital. Hay animales vertebrados en los cuales se les ha separado los hemisferios cerebrales sin que la vida se extinguiera, subsistiendo la facultad locomotora por algún tiempo; pero como falta la iniciativa y la voluntad la existencia proviene de una fuerte impresión externa. El alma racional, siendo involuntariamente activa debe también ser el sujeto de la facultad locomotriz y la causa de su ejercicio instintivo.

El instinto y el hábito ejercen una influencia poderosa en los movimientos voluntarios, donde la inteligencia nada percibe y la voluntad busca, en general, el resultado final. El juego entre los nervios y los músculos proviene del alma por el instinto, y algunas de estas operaciones difíciles y calculadas vienen en último término á conseguirse por el hábito y sin conciencia. En fin, se puede asegurar que el mayor número de los *movimientos externos* del cuerpo, ya sean voluntarios, ya instintivos ó producto del hábito, se verifican en virtud de la fuerza motora del alma racional.

Las pasiones motoras del alma corresponden á las fuerzas motoras del cuerpo. Los movimientos automáticos de las vísceras de la vida orgánica están ex-

citadas por el alma inconciente, mientras que los movimientos voluntarios de la vida de relación están determinados por las pasiones del alma conciente y de su personalidad. Hay, por lo tanto, acciones voluntarias y movimientos voluntarios en el alma moral lo mismo que en el cuerpo.

En los movimientos externos y fisiológicos influye el estado del alma separada del acto de voluntad. Sin embargo, en determinados casos la voluntad los suspende, activa ó modifica; como aquel que acelera ó debilita los latidos del corazón, ó el que dilata sus pupilas como mejor place á su voluntad. El coronel Tounshend suspendía la respiración y la circulación durante media hora. De suerte, que la existencia de una fuerza motora en el alma racional, distinta de la voluntad, es una verdad fuera de toda duda.

Y no se diga que la actividad motora externa se nota en las sustancias simples y en las extensas, porque mientras en unas tiene por motor las fuerzas físicas, en las otras responde al instinto y al hábito ó bien á la voluntad libre. El pensamiento, ó sea la sensibilidad y la voluntad, son incompatibles en una misma sustancia con la divisibilidad y la extensión; y siendo el *yo* una sustancia simple, claro está que no puede dividirse y á la vez ser extenso, ni tampoco dejar de ser simple para adquirir extensión y recíprocamente. Para que el alma racional pierda su carácter de simplicidad, ó bien para que la materia deje de ser extensa y divisible es indispensable que desaparezcan todas las actividades que les son propias, y esto sería lo mismo que dejar de existir.

La actividad externa y motora puede ser común á las dos sustancias simple y extensa, porque en esta última cuando deja de vivir falta la extensión, y por lo tanto la actividad. La potencia motora de los cuerpos, debida á las atracciones y repulsiones á distancia, lo cual constituye una de las leyes fundamentales del mundo material, pone en acción las sustancias corpóreas para producir movimientos que son independientes de la impulsión y del contacto.

El tipo potencial del instinto en los animales que han sufrido la influencia de la domesticidad no ha variado, sino que persiste siempre en el individuo. El perro, el lobo, el tigre, el caballo, la abeja, etc., conservan su individualidad, á pesar de los esfuerzos de aquellos que se consagran á la educación de los animales por el alimento ó por los cruzamientos. Todos los trabajos emprendidos hasta hoy no han variado el tipo instintivo de la especie ni del cuerpo conforme á este tipo.

La física enseña que la fuerza atractiva es proporcional á la masa y se dirige hacia el centro de gravedad del cuerpo que atrae, y la fuerza de impulsión es proporcional á la cantidad de movimiento gastado por el motor. Empero el alma racional que no es divisible ni extensa, ni infinitamente pequeña, está unida al cuerpo en el hombre como dos sustancias parciales é incompletas que

vienen á realizar una *sustancia completa* en sus dos sentidos, como esencia específica y como persona. La fuerza motora del alma sobre los órganos varía con la voluntad ó con el instinto y el hábito, y generalmente por el estado moral y por el de los órganos sobre los cuales debe obrar. Tal es la condición del alma humana sobre el cuerpo único á que está unida, produciendo movimientos unos con conciencia y otros sin ella. Así conocemos el mundo material por la resistencia ó por los auxilios que lleva el ejercicio de nuestra fuerza interna; por cuya razón entre los sentidos el del tacto da las nociones más precisas é inmediatas para conocer la naturaleza de los cuerpos. De todos modos no puede negarse que el alma obra sobre el cuerpo como potencia motora y libre, y el cuerpo á su vez como fuerza de resistencia, ya oponiéndose en virtud de su inercia, ya por la agitación desordenada de los átomos. Por último, el alma racional conoce alguna cosa de la sustancia y constitución de los cuerpos, cuando aplica las ideas permanentes de la razón á los datos que ofrece la experiencia.

Los problemas de la psicología han sido siempre de difícil resolución. Para aquellos sabios que no tienen creencias ni fe católica lo mejor y más sencillo será *negar* todo cuanto se halla fuera de los sentidos, de la observación directa y de la experimentación sensible. La psicología, dicen, es un absurdo, una quimera; la metafísica no existe. Estas son las conclusiones del positivismo y del materialismo, es decir del *monismo científico*.

Para nosotros existe la metafísica, y la psicología tiene su razón de ser; y si la inteligencia y el entendimiento humano encuentran todavía en su camino muchas lagunas, el tiempo y el estudio reflexivo y desapasionado irán poco á poco llenando estos vacíos que, en el mayor número de casos sólo se hallan en la limitación de nuestros conocimientos.

La vida psíquica del hombre recién nacido ha llamado la atención de los filósofos y fisiólogos. El señor Kassmaul se ha ocupado de tan oscuro problema, y, á la verdad, con poco fruto, aun cuando asegura que el feto en el seno materno adquiere ciertas aptitudes. Durante el estado preconciente de la vida fetal la *asociación latente* de los elementos simples de la materia del cuerpo es una operación fisiológica inconciente. Lo mismo sucede en el individuo después de haber nacido. El Doctor Struve, hablando del origen del alma, dice que en el hombre existe la esencia propia á su especie y la que es peculiar al mundo externo. Estas dos concepciones representan dos fuerzas que conducen á un mismo fin. La vida absoluta, añade el mismo autor, reside en la Naturaleza toda, y se manifiesta por leyes físicas y químicas y por leyes orgánicas y psíquicas. En la penetración del germen con el huevo durante la generación el alma se produce como cosa finita (generacionismo), cuyos factores deben hallarse en las sustancias fisiológicas que concurren á tan misterioso acto por

medio de fuerzas activas que llaman el alma á la existencia empírica. Tal doctrina es altamente materialista y no puede aceptarse bajo ningún aspecto. El señor Rodolfo Wagner admite también que por la generación se transmiten las cualidades intelectuales; lo cual demostraría que hay una sustancia inteligente que puede transmitirse y es susceptible de división: pero estas ideas, que no se han demostrado hasta el día, parece que no se hallan conformes con la experiencia; porque de ser ciertas, el saber y la ciencia serían patrimonio de algunas familias.

La *asociación latente* de las cogniciones simples y complejas en el alma racional entretienen las facultades de la razón; pero es preciso un ejercicio repetido y variado para que se realice. En todo observamos: 1.º Que el cuerpo es un instrumento del alma; 2.º, que las lenguas habladas y escritas son instrumentos del alma; 3.º, que las ciencias son también instrumentos del alma y 4.º, que las sociedades organizadas son instrumentos del alma individual y del alma colectiva de la humanidad. Preyer asegura que en los dos primeros años del niño, cada día se descubre algo que indica el desarrollo anímico.

Es una hipótesis gratuita suponer que el tipo potencial de una especie cualquiera varía con las metamorfosis del feto individual, ó con las evoluciones paleontológicas de los reinos orgánicos sobre nuestro planeta. Naturalmente se ocurre preguntar: ¿De dónde vienen las fuerzas ocultas que animan al feto durante la evolución metamórfica? ¿Qué destino tienen estas fuerzas del alma después de la muerte?... Es una fuerza fatal é invisible, cuyos modos en sus movimientos sólo pueden apreciarse en los límites de la vida terrestre, límite que se conoce en el desarrollo fetal y en esta misma vida terrestre. Lo cierto es, que tanto los filósofos como los fisiólogos se han ocupado muy poco del desarrollo intelectual del niño, dirigiendo sus estudios á los padecimientos que sufren, á la manera de alimentarlos y á otras curiosidades de escaso interés.

Las primeras teorías sobre el origen del alma humana se remontan á Platón, Aristóteles y Orígenes. Estos filósofos creyeron que todas las almas racionales fueron creadas por Dios desde el principio del mundo, y las faltas que antes cometieran venían á expiarse uniéndose con los cuerpos.

La *teoría platónica* no debe llamarse teoría, porque no puede presentar en su favor ningún hecho; es más bien una concepción poética que filosófica y completamente inútil para explicar el origen de las ideas que resultan en nosotros por el desarrollo de la razón; y Platón, en particular, la consideró como un motor encerrado en el cuerpo vivo para que lo dirija y le sirva de cárcel y expie allí las faltas mientras dure su vida. Esto recordaba la doctrina pitagórica de la metempsicosis ó transmigración de las almas que los espiritistas, mal que les pese, han resucitado en nuestros días.

Es innegable que el alma está unida á un cuerpo vivo cuando los fenómenos manifiestan signos ciertos por medio de impresiones físicas especiales, las cuales determinan una construcción ó expansión, un sentimiento de placer ó de dolor, ó una emoción ó movimiento sin causa exterior aparente; pero que se realiza en virtud de un pensamiento y con intención meditada. En efecto, el placer, el dolor, el pensamiento, la intención, sólo existen en la materia simple, mientras que la facultad de imprimir el movimiento, recibirlo y comunicarlo se encuentra en toda sustancia extensa.

Las hipótesis que se han aceptado para dar á conocer el origen del alma racional son tres:

El *traduccionismo*, el *generacionismo* y el *creacionismo*.

Los partidarios de la primera hipótesis explican el origen del alma como un desarrollo germinal del alma y cuerpo de los padres, que sucesivamente pasan de una á otra generación hasta que se extingue la especie: esta doctrina lleva en sí principios materialistas que la hacen inadmisibles. Debemos, no obstante advertir, que el traduccionismo no es la metempsicosis, porque ésta representa la negación de todo destino, y por consiguiente de la Providencia Divina. Á decir verdad, tanto Descartes como Leibnitz fueron consecuentes con sus creencias y opiniones filosóficas y políticas; si en algo disintieron fué cuando examinaron el automatismo animal y la armonía preconcebida entre el alma y el cuerpo.

La segunda hipótesis tiene en el día muchos partidarios, sobre todo en aquellos que se aproximan al materialismo. El *generacionismo* presupone dos generaciones que se realizan á la vez, la de las almas y la de los cuerpos. Con esta teoría coincide el principio animico de Leibnitz, donde el alma racional se halla precontenida *in semine parentum*; y buscando datos y razones en el mundo experimental establecen sus partidarios que el principio animico fué creado por Dios una sola vez, lo mismo que los elementos de la creación, y este principio se transmite á los nuevos seres vivos de una á otra generación. El señor Huet, en su obra intitulada *La ciencia del espíritu*, citada anteriormente, asegura que *las almas engendran las almas, como los organismos engendran los organismos*. Un célebre fisiólogo prusiano, el señor Juan Müller, había consignado ya «que el germen y el esperma deben tener el principio de la vida del alma, por decirlo de una vez, en estado latente; porque de lo contrario estos principios no se manifestarían al nacer un nuevo individuo.» Lo que es innato no son los gérmenes ni el embrión, pero sí la facultad reproductora; lo mismo que en las almas, que lo que en ellas es innato no son las ideas, sino la facultad de adquirirlas.

El señor Juan Reynaud, entusiasta sostenedor del *generacionismo*, en un

momento de exaltación científica exclama; «¡Cosa inaudita, bajeza del alma, y, si me atrevo á decirlo aun rechazándolo, bajeza del Criador! Cuando un libertino en un exceso lúbrico, ultrajando por el violo ó el adulterio todas las leyes del Cielo y de la Tierra, haga una infame señal á Aquel cuyo ojo todo lo percibe, entonces la Omnipotencia, decidiéndose á crear, dará el sér ó el alma desgraciada que debe acompañar al fruto de la lujuria. ¡Tales son los instantes en ayuda de los cuales se obliga al Criador á salir de su sublime reposo! ¡La pasión más deshonesto ó más infame encuentra en Él, desde que la misma lo exige, un fiel cooperador que se apresura á coronar, por un complemento infinito, lo que ella tan miserablemente le ha preparado.» (*Tierra y cielo* por J. Reynaud.)

Á pesar de cuanto diga el citado autor, colocando las cosas bajo un punto de vista que se resiste á todo principio moral, hemos de confesar que según su doctrina el mayor número de las almas habrían sido hechas sin poder realizar jamás el destino para que fueron creadas.

Bien examinado este difícil y trascendental asunto, notamos que para los materialistas y unicistas no hay más que el *traduccionismo* y el *nilismo*; el primero respecto á su origen y el segundo por lo que toca á su destino.

Extractaremos sobre esta materia algunos párrafos importantes de la obra del R. P. José Mendive, de la Compañía de Jesús.

«La Religión católica enseña que nuestra alma no emana de la sustancia divina, como el agua de la fuente, identificándose con ella; que tampoco es transmitida del padre al hijo por generación, sino creada de la nada; y finalmente, que siendo de suyo espiritual y apta para seguir viviendo perpetuamente aun después de separada de este cuerpo mortal, ha sido criada para vivir una vida sempiterna.

»No admite por lo tanto ese perpetuo círculo de reencarnaciones ridículas, donde el alma jamás llega á su ideal.

»El alma humana no es una porción de la sustancia divina. Los atributos de Dios son distintos de los de la materia y de los del alma, y de aquí la diferencia: nuestro espíritu no puede ser emanación de la divina esencia.

»El alma humana no pasa del padre al hijo por generación, sino que se produce por creación; ni puede perecer por corrupción sino solamente por aniquilamiento.

»San Hilario dice: El alma del hombre es obra de Dios, mas la procreación de carne viene de la carne... Así como se tomó para sí (el Verbo divino) de la Virgen, el cuerpo, así también se tomó de su poder, el alma, la cual nunca es suministrada por el hombre de la sustancia generativa.

»La Escritura llama á los ángeles, dice San Ambrosio, hijos de Dios, porque ningún alma humana recibe su existencia por vía de generación. Y San Jeró-

nimo escribe: Bastante ridículos se muestran los que piensan que las almas son engendradas también con la semilla humana y no hechas por Dios.

»San Agustín dice: Cuando se pára uno á considerar que es lo que dice al proferir que el alma es transmitida del padre al hijo mediante la generación; por maravilla vendrá algún sentido de estas palabras á la inteligencia humana. Difícil es concebir que es lo que con las palabras significamos cuando decimos que del alma del padre se hace en la prole el alma, ó que el alma es traspasada á la prole al modo que una luz se enciende con otra luz y un fuego con otro fuego ó sin detrimento alguno de éste.

»Nuestra alma no es cuerpo, ni tampoco fuerza material; es una sustancia espiritual, inextensa, indivisible, independiente de la materia en el existir así como lo es en el obrar. ¿Cómo ha de poderse transmitir del padre al hijo por medio de la generación? Si el alma humana no está formada de partes (como hemos probado), ¿cómo de la del padre ha de desprenderse alguna parte para formar las de su prole?

»La responsabilidad de las propias acciones echa por el suelo todo el sistema averroista.»

El acto de la creación en Dios, es un acto eterno, la existencia del alma no es anterior ni posterior á la del individuo, ni al primer desarrollo del cuerpo que ha de animar, y los efectos del poder infinito se realizan en el tiempo y en épocas marcadas por la voluntad Eterna, que proviene de la omnisciencia divina; esto es, por la intuición eterna de cuanto existe y de todo lo que es, ha sido y será. Las almas humanas no son aniquiladas por Dios, porque el Sér supremo no aniquila nada de lo que ha creado. En el alma racional dotada de libertad moral las leyes del mérito y del demérito no reciben en esta vida toda su recompensa, y en ellas se revela un destino ulterior como se demuestra por su inmortalidad, por sus aspiraciones hacia el infinito y por los más nobles é imperecederos instintos de su naturaleza.

La tercera hipótesis ó sea el *creacionismo*, establece que el alma racional es producida por Dios *ex nihilo*, directa é inmediatamente y en el instante mismo en que el cuerpo se halla con las disposiciones y organización convenientes para la unión. Ahora, cuál sea este instante, no es fácil determinarlo, como aseguran los filósofos ortodoxos; pero este instante deberá ser aquel por el que el alma comienza á existir y está asociada á este germen en virtud de la voluntad eterna del Creador. Mas sea de ello lo que quiera, es indudable que esta teoría, sobre ser la que se halla conforme con la doctrina católica y por ende con la de los Padres de la Iglesia, es la más racional y lógica, según la docta opinión del ilustrado arzobispo de Sevilla P. Zeferino González y de otros filósofos ortodoxos, á quienes seguimos.

Todas estas hipótesis son á cual más oscuras y peligrosas, porque extravían la imaginación y hacen nacer la duda. El *traducionismo* no puede admitirse por absurdo, y el *generacionismo* tampoco, porque abre ancho campo al sensualismo, rebaja la dignidad humana y pone en lamentable apuro la espiritualidad ó inmortalidad del alma racional.

Y para tranquilizar al señor Reynaud copiaremos otro párrafo del sabio jesuita antes mencionado. «En el acto de la cohabitación, dice, hay dos cosas bien distintas; la acción material de engendrar, la cual es una acción plausible que corresponde á las miras del Autor de lo creado, completándola con la creación del alma, para lo cual la materia está convenientemente dispuesta, y el vicio de un acto prohibido ó de un adulterio criminal, punible y malo que el Creador no puede admitir, si bien anima con un alma racional el organismo formado por virtud de la sustancia generativa. San Jerónimo dijo: «No hay mayor absurdidad en que Dios infunde las almas á los fetos adulterinos que en la acción ejecutada por la tierra al fomentar en su seno las semillas que había robado un ladrón para sembrarlas.»

Con santa inspiración decía el Angélico Doctor: «Habiendo criado Dios en un principio las cosas, no sólo para que existiesen en sí mismas, sino también para que fuesen origen y fuente de las demás, las produjo en aquel estado de perfección que les fuese apto para ejercer este oficio. Ahora bien, continúa santo Tomás, el hombre puede ser principio de otro, no sólo por medio de la generación, sino también por la instrucción y el gobierno. Por tanto, así como le fué dado un cuerpo tal que ya al instante pudiese engendrar, de la misma manera debió hallarse, desde el momento de su creación, dotado de un alma capaz de poder *inmediatamente* instruir y gobernar á los demás. De donde resulta que el hombre debió recibir, al tiempo de ser criado, la ciencia de todas aquellas cosas en que los hombres suelen ser instruidos por otros, ó sea el conocimiento de todas aquellas verdades que se hallan virtualmente contenidas en los primeros principios de la humana sabiduría.»

El Catolicismo ha enseñado siempre, siguiendo el espíritu de la tradición hebraica, que el hombre salió perfecto de las manos de su Creador, definiéndolo el cuarto Concilio Lateranense cuando dijo: Dios *con su omnipotente virtud crió las sustancias, tanto espirituales como corporales, así como también la humana, que participa de una y otra y es en cierta manera común á entrambas.*

Muchas son las observaciones que en el terreno de la experiencia oponen los partidarios del *generacionismo*. Es innegable que la ley de la herencia en el hombre se observa por desgracia en el orden patológico, porque ciertas dolencias se transmiten de padres á hijos; pero esta ley se modifica y aun suele

verse negada por completo en el sentido físico, moral é intelectual. Cada día se presenta á la observación, aunque salvando ciertos y no escasos ejemplos, que se transmiten por herencia las enfermedades de los padres; pero no sucede así con la regularidad ó defectos en las formas físicas, ni mucho menos con el talento, la aptitud, el genio, las virtudes, los vicios y cuantas cualidades del orden moral y psíquico pueden ser el brillo ó el baldón de las personas y de las familias. Las enfermedades constitucionales de las cuales la sangre contiene el elemento mórbido, pueden heredarse y muchas veces permanecen latentes durante una ó dos generaciones. Las disposiciones orgánicas de ciertos aparatos se heredarán también en algunas ocasiones muy marcadas; así, suele verse una familia descendiente de un cantor de *primo cartello* que ha heredado la voz de su primogénitor, pero á pesar de todo ninguno de sus miembros tiene las cualidades de artista, ninguno puede cantar con afinación y según las reglas del arte. Otro tanto pudiéramos decir del valor y de otras facultades y cualidades propias de determinados individuos. La herencia podrá transmitir una parte de aquello que corresponde á la animalidad, pero de ninguna manera lo que es peculiar de las facultades psíquicas del hombre.

Sin descender á ciertos casos particulares ni á muchas observaciones individuales que no son de este lugar, ábrase el gran libro de la historia así antigua como moderna y examínese sin pasión el desarrollo progresivo y la marcha de muchas familias poderosas que han hecho temblar con su poderío á la Europa y quizá al mundo conocido. Recórrase su descendencia; y sin grandes esfuerzos nos convenceremos, que á la cuarta ó quinta generación se han perdido gradual é insensiblemente aquellas cualidades supremas, para alcanzar, en la generalidad de los casos, hasta un embrutecimiento ó una estupidez digna más bien de compasión que de vituperio. En España, en Inglaterra, en Francia, Italia y Alemania tenemos repetidos ejemplos que testifican nuestros asertos.

Indudablemente que observamos en muchos casos semejanzas y parecidos entre los padres y los hijos respecto á las facultades psíquicas y morales y aun en el tipo fisonómico; pero esto no debe aceptarse en el hombre como una *ley natural* hija de la materia; tanto más, cuanto que muchas de estas semejanzas provienen ó se modifican por la educación y por la intuición constante de los hijos al ver y oír los hábitos y costumbres de los padres. Naturalmente habrá más parecido físico y aun moral entre los hijos y sus progenitores que entre dos individuos elegidos al acaso, y en ciertos sujetos al examinar esta semejanza física hallamos un parecido extraordinario que recuerda la voluntad especial de la Providencia en el acto de la creación de las almas. Estas transmisiones de la herencia cuando se estudian en los animales se descubre de un

modo evidente que guardan cierta regularidad, y de aquí el que se haya querido erigir este hecho en una ley real para el gran reino humano; esto indica que el alma racional se halla hasta cierto punto fuera de las condiciones del organismo. Pretender que los hijos de un sabio deban ser sabios, que los de un hombre de escaso talento han de continuar siendo estúpidos ó imbéciles, y que los de un ladrón ó un asesino han de tener tendencias al robo ó al homicidio



Flourens.

nos parece un absurdo que la observación constante viene desmintiendo todos los días.

Los tipos orgánicos no se confunden, no se pierden, permanecen siempre los mismos y son el fundamento de los grupos naturales. En efecto; la educación, la domesticidad, el cruzamiento, la influencia del medio ambiente y cuantos procedimientos se han excogitado para combatir la fijeza y estabilidad

de los tipos primitivos y naturales no tienen eficacia alguna para destruir esta fuerza conservadora, que dirige constantemente las leyes del organismo para mantener la unidad originaria con su propio tipo fundamental.

No sabemos hasta dónde puede aceptarse lo que ha consignado el señor Flourens, y que ha servido para que uno de los hombres más ilustres contemporáneos haya sostenido con calor la hipótesis generacioniana. Aquel célebre fisiólogo cree haber probado palpablemente «que el macho y la hembra concurren en la generación cada uno por partes iguales, esto es, cada uno por mitad.» Se presenta tan oscuro este problema y tan misterioso este acto, decimos nosotros, sobre todo por lo que corresponde al reino hominal, á pesar de cuantos adelantos han hecho la anatomía, la fisiología, la morfología y la embriología especialmente, que sólo es permitido decir con cierta vaguedad *que la fecundación es el acto en virtud del cual el óvulo se pone en contacto con el espermatozoario y adquiere la facultad de desarrollarse y constituir un nuevo ser de la misma especie que sus progenitores.* ¿Sabemos, acaso, de qué manera obran los zoospermos en tan recóndito fenómeno? ¿Conocemos el punto verdadero donde se realiza el contacto del semen con el óvulo? ¿Podemos apreciar lo que acontece al óvulo en el momento en que se verifica la rotura de la vesícula de Graaf? ¿Qué función corresponde á los espermatozoarios cuando se hallan en contacto del vitelino, y cuál será su destino en este instante solemne de su desaparición? ¿En qué consiste la diferencia de sexos? Estas y otras muchas nebulosidades que se presentan en el velado y misterioso acto de la fecundación de los seres humanos manifiesta hasta qué punto puede y debe aceptarse la teoría de la herencia, especialmente en el sentido estético, psíquico é intelectual, y cómo debe tomarse el aserto del señor Flourens; al propio tiempo indican cuán misterioso, problemático y aventurado es para el antropólogo, el naturalista y el fisiólogo dar una explicación plausible sobre el origen del alma racional que acompaña á la fecundación.

Si damos crédito á Hœckel, el óvulo humano no es otra cosa que una simple célula amiboide, constituida por una pequeña masa amorfa de protoplasma donde aparece el *núcleo*, que debe fecundarse. Á nosotros nos sorprende la facilidad con que este señor segmenta, divide y distribuye el trabajo evolutivo, forma órganos y aparatos deduciendo una serie de extravagancias que no le sería fácil demostrar sin dar á conocer los hechos fundamentales y suponiéndolo todo arreglado á su deseo y según su inventiva.

Los católicos ilustrados, en tanto la ciencia experimental no demuestre otra cosa, aceptan la teoría del *creacionismo*, que es la doctrina que ha admitido la Iglesia católica.

Aquí se presenta naturalmente el grave problema sobre *el alma de los bru-*

*tos*; problema erizado de dificultades bajo cualquier punto de vista que se le examine, y que todas las escuelas anticatólicas han procurado explotar á su sabor para sostener sus más ó menos exageradas doctrinas, sin que se haya aún resuelto, ni siquiera presentado una hipótesis que no repugne á la razón. Daremos á conocer las opiniones que están más en boga.

La *fuerza vital* es una potencia misteriosa y oculta, según dejamos probado en los capítulos anteriores; facultad peculiar del desarrollo y cambio íntimo de un ser que conserva su individualidad y su identidad. Pero esta vida corresponde á las almas racionales, seres simples é inteligentes, con la propia individualidad é identidad que les sirve de fundamento.

En los cuerpos vivos, tanto animales como plantas, se reconoce un conjunto ordenado, donde el principio del movimiento es interno; pero cuya acción vital concluye con el ser viviente. El átomo primero ó la mónera, aceptando esta hipótesis, carecen de vida; en ellos no se observa ningún desarrollo ni cambio íntimo en virtud de una fuerza, sino cierta variación para relacionarse y formar los átomos químicos, cuyas combinaciones constituyen los edificios moleculares de los cuerpos. Los átomos químicos y las moléculas de todos los agregados de la materia inorgánica carecen absolutamente de *vida*, pues les falta la individualidad.

Los cuerpos siderales que forman los grandes sistemas del universo pancósmico tienen cada uno su vida propia; pero al hablar de la *vida* nos referimos siempre á la que corresponde á los *cuerpos organizados*, que realizan sus funciones en el planeta que habitamos.

En la vida de estos seres existe una organización, sin la cual no se manifestaría el fenómeno vital, cuya fuerza interna es única y exclusiva para cada individuo. Así se han admitido vivientes con vida vegetativa, vivientes con vida sensitiva animal y vivientes con vida intelectual. División ingeniosa que explica perfectamente lo que corresponde en el orden psíquico á los vegetales, á los animales y al hombre, y que se ha representado por el instinto en los vegetales, el instinto y la inteligencia en los animales, y el instinto, la inteligencia y la razón en el hombre. Clasificaciones de escuela según la naturaleza de los seres que pretende estudiar.

La *fuerza vital* en los vegetales busca los elementos necesarios en el suelo que los sustenta y en el aire que los circunda para absorber por las espongiolas los alimentos que han de sostener la vida, y la asimilación por la clorofila en la atmósfera bajo el influjo de la luz y de otros principios en ella contenidos. Calor, tierra, aire, humedad y luz son los elementos inorgánicos que se ponen en juego para el desarrollo, incremento y fructificación de las plantas impulsados por la acción permanente de la fuerza vital. De aquí se deduce

que no es posible admitir en los vegetales ningún *principio anímico*, ningún *alma vegetal*, ningún *instinto*, como han aceptado algunos, sino una evolución misteriosa de los elementos inorgánicos para constituir la trama de los tejidos y órganos, y un movimiento de *intus-suscepción* por la influencia de la fuerza vital. La vida del vegetal es inconciente.

Veamos lo que sobre el alma vegetal ha consignado el R. P. Cornoldi: «Hay ciertos seres que tienen alma y no son animales, decía Séneca en su Epit. LVIII. »Place, en efecto, conceder un alma á las plantas y á los arbustos; por esto decimos que viven y mueren.» Suárez (el R. P. Francisco) dijo á su vez: «Es cierto en teología y evidente en filosofía que las plantas viven y que la forma vegetativa es una verdadera alma.» «La planta es en realidad una sustancia ó naturaleza individual compuesta de dos principios constitutivos de su esencia, el uno material ó materia primera, y el otro la forma sustancial que da á la materia su sér específico, siendo el primer principio activo de sus operaciones vitales. Esta definición nos obliga lógicamente á admitir que Dios es la causa primera é inmediata de la planta, porque sólo Él puede imprimir á la materia primera la forma sustancial, que es el principio de vida, ó al menos producir la semilla ó germen de la planta, germen en el cual reside la virtud capaz de conferir á la materia la forma sustancial. Esta forma que desde fuera viene á unirse al cuerpo de la planta, no es una sustancia análoga á el alma humana, y por consiguiente no tiene necesidad, como el alma humana, de ser objeto de creación inmediata. Sin esto no bastaría que Dios hubiese producido inmediatamente la primera planta ó la primera semilla; sería menester que Dios necesariamente crease para cada nueva planta una nueva forma sustancial.

»Para demostrar la necesidad de la inmediata intervención divina en la producción de las plantas, continúa el sabio jesuita, bastará probar que de la sola combinación química de los elementos no puede resultar en la materia la forma sustancial de la planta, ó al menos aquella virtud inherente á la semilla de la cual proviene la planta. Si, con efecto, la combinación química es impotente para engendrar esta virtud, preciso será, de buen ó mal grado, recurrir á Dios. Empero esta imposibilidad viene rigurosamente demostrada hace muchos siglos por una inducción constante y universal. Jamás una planta ha nacido sino de una semilla y la semilla de otra planta, sin que se haya visto nunca, ni una sola vez, que circunstancias naturales y extraordinarias, ó las más ingeniosas disposiciones del arte hayan dado un mentís á este principio, por cierto antiquísimo, enunciado ya por los griegos, y que sin duda fué más viejo que ellos. *Todo viviente nace de un huevo; todo viviente nace de otro viviente.* En efecto, estaría fuera de razón afirmar que existe en los elementos una potencia que bajo todas las condiciones imaginables no hubiese podido jamás

alcanzar el acto, quedando inactiva y oculta durante siglos y siglos. Véase por qué decimos que ninguna combinación química es capaz de producir una planta ni el germen de una planta. Por otra parte, la forma sustancial de las plantas es muy superior á la de los elementos inorgánicos, bien sean simples, bien compuestos. En verdad, la forma sustancial de las plantas da el sér á una sustancia organizada y única, pero equivalente en su unidad á una multitud de formas sustanciales; da asimismo á cada parte de la materia el sér de carácter muy diferente del que da á otra parte; mientras que la forma sustancial de los elementos y de los compuestos químicos da el sér á una sustancia no organizada y homogénea en todas sus partes. La forma sustancial de las plantas es el primer principio de maravillosas operaciones *inmanentes*, al paso que la forma sustancial de los elementos y de los compuestos químicos es tan sólo el primer principio de operaciones *transitorias*.

»En virtud de esta sustancialidad, la planta se nutre asimilando diversas sustancias, es decir, dando á diferentes materias su propio sér sustancial; de tal manera, que las sustancias asimiladas no tengan ya la naturaleza que tenían antes de servir para la nutrición, y sí la que es peculiar á la planta viviente. Al contrario, todos los elementos y compuestos químicos están bien lejos de obrar así, y por su forma sustancial se transforman por combinación química en otra naturaleza. Y la planta en virtud de su propia forma sustancial, crece, esto es, su sustancia recibe un verdadero crecimiento. Al contrario, ninguna sustancia química elemental ó compuesta crece en realidad, aunque otra sustancia de la misma naturaleza pueda unirse á ella. Por la forma sustancial la planta transmite á las partículas materiales que la forman la maravillosa virtud de reproducirse, esto es, de comunicar á la materia la misma forma sustancial que ella tiene, mientras que ningún elemento químico simple ó compuesto tiene el poder de reproducirse. Todas estas diferencias nos manifiestan la distinción esencial y extrema entre las perfecciones relativas de las plantas y las de los elementos ó de los compuestos químicos.

»Y puesto que es un axioma que la perfección del efecto no puede ser superior á la de la causa, es imposible admitir, que en virtud de las combinaciones químicas la materia pueda jamás adquirir la forma sustancial ó el principio vital de la planta, ni la virtud que tiene el grano de hacerla germinar. La vida vegetativa no ha aparecido sobre la tierra, sino por la acción inmediata de un Sér Todopoderoso y sabio. No debemos buscar si Dios ha debido crear inmediatamente todas las especies individuales, si ha debido producir todos los tipos de donde han derivado los sucesivos ó si ha bastado que Dios crease algunas especies principales, de las que las demás han podido tomar su origen bajo la influencia de las circunstancias de lugar, tiempo y crecimiento, etc., etc.

Nos limitaremos á decir que la teoría darwiniana aplicada á las plantas no es más que una pura hipótesis, que no está apoyada por ninguna prueba ni por hecho alguno, y por lo que respecta á los géneros ó á las especies principales, es contraria al principio metafísico de la proporción necesaria entre el efecto y la causa.» (Traducción del resumen que da el abate Moigno en su importante obra *Les splendeurs de la Foi*, Apéndice D., de una serie de artículos publicados por el R. P. Cornoldi en la *Civiltà Cattolica*).

La mayoría de los filósofos y zoólogos aceptan como cierto, que muchos animales piensan, y participan de cierto grado de inteligencia y voluntad; y de ello deducen que los animales tienen un alma sustancial, incorpórea y simple. En verdad que esto es ya algo más que la sensación, aun cuando se le conceda el carácter de sensación interna y externa.

G. Pereira, famoso médico español discípulo de J. L. Vives de quien hemos hablado en la *Primera parte*, y Descartes, consideraron á los animales como meros *autómatas vivos*; es decir, como simples máquinas. Opinión que hasta cierto punto aceptaron el Conde de Buffón y Reaumur, y que fué combatida por el P. Daniel y otros, y luego por Condillac en su *Tratado de los animales*.

Las escuelas más sobresalientes del escolasticismo, los escotistas y los tomistas, concedieron á los animales un alma *material*. Para los escotistas el alma de los animales era «cierta sustancia material, capaz también de percepción material, unida intrínsecamente al cuerpo de los animales, á manera de forma sustancial, lo cual constituye con él un compuesto que comunica movimiento y vida.» «Los brutos, dice santo Tomás de Aquino, reciben el principio con su misma naturaleza, la *estimativa natural* (la facultad de juzgar instintivamente), para conocer lo conveniente y lo nocivo, por lo mismo que no pueden adquirir este conocimiento por investigación propia. Empero, el hombre puede llegar al conocimiento de éste y de otras muchas cosas por medio del ejercicio de su propia razón.» Los libre pensadores, en su mayor parte, conceden á muchos animales un principio anímico y espiritual con alguna inteligencia, y como dice el señor Damirón, un espíritu que en el cuerpo del animal esté presente para recibir las impresiones.

Si con efecto se concede á los animales un principio anímico, lo cual tiene sus impugnadores, será siempre un ente que se destruye y aniquila porque depende del cuerpo á quien va unido, puesto que no puede subsistir por sí cuando se le separa de la materia que informa.

El señor Krahmer ha dicho «que la inteligencia del animal se manifiesta de la misma manera que la del hombre, que no se puede admitir una diferencia esencial, sino la que resulta del grado que se reconozca entre el instinto y la razón.» Con frecuencia se confunde el análisis del alma y del principio ani-

mico con el que corresponde al cuerpo, siendo en verdad dos cosas diferentes.

Si atendemos á lo manifestado por el señor de Burmeister se verá que «el cuerpo humano no es más que una forma modificada del cuerpo animal, y el alma racional el alma animal con mayor potencia.» No diremos nosotros á este profesor que el hombre sea el sér más elevado de la creación, el tipo más perfecto, la unidad orgánica más completa de la fuerza y la materia en el mundo que habitamos. Pretender que el alma humana sea igual á el alma de los brutos, es un absurdo científico que la mente del filósofo cristiano naturalista no puede comprender.

Basta considerar que el alma racional anima el cuerpo del hombre y ejerce por sí actos especiales en los que la materia inerte no interviene para nada. ¿No será esto bastante para distinguir perfectamente el espíritu subsistente é imperecedero del linaje humano, de la *estimativa natural*, que perezce y se extingue con el cuerpo del bruto?

El gran abismo que todavía existe, ha dicho el señor Tuttle, entre el entendimiento y el instinto será colmado enteramente, y el espíritu estará sujeto á la jurisdicción de determinadas fuerzas físicas. Es decir, que este profesor transformista declara que existe un *abismo* entre el entendimiento y el instinto.

El doctor señor Weinland quiere que el instinto dé á conocer las manifestaciones de los animales en su parte intelectual. Y por otro lado el señor Lewes opina que el instinto no es más que una palabra vana, que sirve para ocultar la ignorancia de los hombres. ¿Cómo dudar de la inteligencia práctica que se confunde fácilmente con el entendimiento? El instinto astuto y perspicaz de un animal no puede confundirse ni equivocarse con la razón científica en el hombre; ya hemos visto en el capítulo anterior lo que puede un instinto. Abriremos la confianza de que el señor Lewes será de nuestro modo de pensar. El animal no posee *libertad* alguna, mientras que el hombre goza de *libertad completa* por su razón, que le permite elegir entre los diferentes motivos y objetos que le cercan, y preferir las impulsiones nobles, levantadas y desinteresadas, á las que son puramente egoistas y animales. El libre albedrío es la *razón arbitra* entre los distintos impulsos de la naturaleza física y la naturaleza moral, entre el egoísmo y el altruismo. Nada de esto poseen los animales.

El señor Czolbe asegura, que cuantas opiniones se emitan para negar que los animales no tienen ideas, juicios y raciocinios están desmentidas por la experiencia; y los señores Dujardin y Frarière apoyan este aserto con el estudio de las abejas.

La escuela krausista con sus discípulos más sobresalientes los señores Tiberghien, Sanz del Río y Ahrens, la escuela experimentalista inglesa de H. Spencer y muchos fisiólogos y naturalistas contemporáneos reconocen en los ani-



males superiores un principio pensante y una inteligencia, si bien todo ello en grado inferior al hombre.

Para los señores Littré y Robín, furibundos positivistas, «los animales reciben las impresiones externas lo mismo que el hombre, asocian las ideas por medio del raciocinio y dirigen por el juicio los actos que son hijos de aquellas ideas; generalizando todo esto para sacar nuevas combinaciones que ellos manifiestan por actos que ninguno de sus semejantes ascendientes ó contemporáneos había realizado.» No es posible más audacia positivista, ni más cinismo científico en hombres á quienes Dios ha dotado de mayor capacidad para que sirvieran de faro á sus hermanos. Muchas de las observaciones hechas son dudosas ó apócrifas, un entusiasmo exagerado guía á sus autores por tan falso camino, y desgraciadamente confunden los instintos que obedecen á una fuerza ciega, con las facultades superiores que sólo corresponden al hombre por derecho de racionalidad.

Otros autores, que no pertenecen á las escuelas experimentales, conceden que en los animales se reconocen efectivamente facultades sensitivas muy variables, instintos más ó menos perfectos; pero no se ve en ellos inteligencia y voluntad. Así, dicen que los animales tienen facultades *cognoscitivas* ó perceptivas, mas de ninguna manera facultades intelectuales.

Se quiere que los animales formen y comparen ideas generales, y de ello se pretende deducir resoluciones ó motivos de conducta. Hay quien cree que las almas de los brutos son cuerpos sutiles ó invisibles.

Ciertos fisiólogos, arrebatados por un entusiasmo á favor de los animales dijeron que las almas de éstos eran *spiritus superiores* á las humanas, que pasan de unos cuerpos á otros. Hay también quien opina que son sustancias espirituales, simples é indivisibles, capaces de existir por sí, las cuales comienzan por creación y desaparecen por aniquilamiento, bien que negándoles la inteligencia y la voluntad libre.

Hay una escuela que pretende que el alma de los animales sufra una evolución, comenzando al estado de germen en los seres inferiores de la escala zoológica, como en los micrózimas, amibas, rizópodos, zoófitos y moluscos, siguiendo su desarrollo progresivo en los articulados, anfibios, peces, reptiles, aves y mamíferos hasta alcanzar al hombre, que recibe el alma por transmisión de un animal que, por su nobleza é inteligencia, se halla en condiciones más propicias para semejante distinción. De suerte que el alma racional procede de un animal irracional é inferior, donde ha recibido todo el mejoramiento y elaboración convenientes para encarnarse en el cuerpo del hijo del hombre en el instante de nacer. Por poco que reflexionemos acerca de esta hipótesis nos convenceremos de que es absurda é insostenible, tanto más, cuanto

que el principio anímico, según estos sabios, comienza en los vegetales, los cuales reciben del sol gérmenes animados que provienen de los seres espiritualizados que habitan en el astro.

Tantas reencarnaciones, que tocan ya al ridículo, forman una parte de las creencias de la escuela espiritista que hoy tiene embaucados á muchos ignorantes, y que recuerdan las doctrinas de los brahmanes y de los budistas, las cuales fueron condenadas por el Concilio Florentino.

Los filósofos católicos, como el presbítero señor Don Jaime Balmes y el P. Tongiorgi y algunos otros, han aceptado la idea del aniquilamiento de los espíritus animales, que no se aviene con la filosofía cristiana, porque Dios no aniquila lo que crea. Los animales carecen de entendimiento y de voluntad libre.

«La uniformidad, siguiendo al excelentísimo señor arzobispo de Sevilla P. Fr. Zeferino González, que se observa en cada especie en su manera de obrar, prueba que estas operaciones son necesarias é instintivas, que proceden de una fuerza ciega ó sea del instinto, y no de una fuerza dirigida por la inteligencia, cual es la voluntad.

»Hasta la educación primera, imperfecta y más mecánica que inteligente de que son capaces los animales, es inútil y perdida para la especie, incapaz de comunicación convencional y de perfectibilidad, porque en lugar de inteligencia verdadera y de voluntad libre sólo poseen sensibilidad é instintos necesarios.

»Es errónea é inadmisibles la opinión de aquellos filósofos cristianos que asimilan el alma de los brutos á la del hombre, salva la posesión del entendimiento y la voluntad.

»El alma de los brutos no es subsistente, ni siquiera con aquella subsistencia imperfecta que posee el alma racional; porque siendo independiente del cuerpo en cuanto á todas sus operaciones, tiene dependencia del mismo en cuanto al sér, y por consiguiente es incapaz de existir por sí sola sin el cuerpo.

»Luego no puede denominarse *sustancia* en sentido propio y absoluto, *simpliciter*, sino en un sentido impropio y relativo, *secundum quid*, puesto que no existe en sí ni por sí sola, no tiene la subsistencia, ni aun incompleta del alma racional. Es, pues, parte ó elemento esencial de una sustancia, es un *principio sustancial*, pero no es una sustancia.

»El alma de los brutos es producida por generación ó mejor por educación de la potencia de la materia, *per educationem ex potentia materiae*.

»No es sustancia, no es inmaterial ó espiritual con inmaterialidad *positiva*, — es una forma sustancial, — es más perfecta que la forma sustancial de los vegetales y sustancias inanimadas, — es material *positive* y existe con depen-